

# Compañeros son los bueyes

Francisco García González

*Esta es guerra de muchos muertos*

N.F.

A LA ENTRADA DE LA CUEVA LAS SOMBRAS DE LOS CUATRO HOMBRES SON LARGAS. El quinto, el que está tendido, siente en su nuca el cañón frío de un fusil. Esta vez va en serio, lo sabe: es el vaho que sale de la tierra y se pega al rostro. En el momento en que el tipo del arma inservible lo encontró, soñaba con su madre. Reunirse con la vieja era una de sus obsesiones. La otra era casi colectiva: tenía la sospecha, incluyendo al Mexicano, de que no escaparían. Llevaba tres días deambulando. No tenía idea si aún estaba o no dentro del anillo de hierro y plomo. El de la metralleta sabía que allí, donde se cruzaban las cuerdas de todas las causas, el coraje era útil. En el momento en que fue sorprendido palmeaba en broma el trasero de su madre y el capitán daba paseítos en la jefatura con las manos detrás. A sus pies estaban los cuerpos del Mexicano, de Domingo, de Neno... Pero eso era lejos. Despertó sobresaltado sin atreverse a tocar el M-3. Había fallado víctima del cansancio. Los motivos se habían despojado del sentido originario. Salir con vida, irse con la vieja, no hacía falta más. El monte era de quien fundiera sus sentidos con la tierra hostil. La criatura había dejado de ser infalible para convertirse en un hombre que sueña con una vida y un lugar que no le pertenecen. Los que estaban fuera acudieron para verlo. Nunca habían tomado un prisionero ni matado a nadie. Felicitaciones. Se la había jugado. El jefe debía saberlo.

—Pupi, registra la mochila —ordena el negro de la barba y los dientes caridos— y tú, Mayito, amárralo bien que aquí mismo vamos a pasar la noche.

*...que aquí mismo vamos a pasar la noche...* Repite Pupi nervioso. Desde que fue alejado de su automóvil de alquiler lo aqueja una especie de eco que consiste en repetir la última frase de lo que escucha o le dicen.

Mayito ata las manos a la espalda al prisionero. Mientras hace el nudo piensa que tal vez el negro le dé el M-3 a cambio de su metralleta. Habérsela jugado tiene un precio. El Lingo le quita la gorra, remueve su pelo negro y sedoso con el cañón. Con la mano libre se escarba los dientes. Un pelo así sólo lo llevaban las mujeres. Arroja el palito y se chasquea una de sus muelas

haciendo con la lengua una cámara vacía. El sonido en la boca del Lingo contagia al negro que le sigue con igual procedimiento. Pupi pone en el suelo un juego de cartas, una bayoneta, un tubo de crema, un manoseado ejemplar del *Nuevo Testamento*, un brazalete, un cargador, un Sony sin pilas...

—¿Quién tú eres? —pregunta el negro estirando una hoja que saca del bolsillo.

El prisionero permanece en silencio.

—Responde, hijeputa —insiste el Lingo sin dejar de jugar con sus cabellos.

Pupi (sentándose lejos del prisionero): *...responde, hijeputa...* Las manos le sudan.

—¿El Mexicano? No, tú no eres el jefe.

*...tú no eres el jefe...*

—¿Domingo?

—¿Manuel Quintero?

—Acaba de decir quién cojones tú eres —dice el Lingo empujando con el cañón.

*...quién cojones tú eres...* Los labios de Pupi. Las manos sudadas.

—Ramón Hemández —susurra el prisionero.

—¿Ramón Hemández? Aquí no hay ningún Ramón Hernández.

*... ningún Ramón Hernández...*

—Habla, coño, que tienes la mierda hasta el cuello —apremia el Lingo.

—Toni Curtis... yo soy Toni Curtis.

—¿Toni Curtis? —pregunta el Lingo.

—Sí, el capitán dijo que a uno de los que andaban con el Mexicano le dicen Toni Curtis —afirma el negro doblando el papel.

*... le dicen Toni Curtis...*

—Toni Curtis, verdá que algunos prefieren quemarse —ríe Mayito, los ojos puestos en el negro y el Lingo. Estos no entienden el chiste. Pupi mueve los labios: *...algunos prefieren quemarse...* Con el negro y el Lingo jamás se sabe, por eso intenta ser gracioso. Necesita el M-3.

Toni Curtis se contrae. Por primera vez se avergüenza de un apodo que siempre le trajo admiradora(e)s, ligues fáciles. Tampoco él entendía el chiste, aunque era evidente: algunos preferían quemarse. Él lo estaba.

—¿Quién carajo es Toni Curtis? —pregunta el negro.

—Toni Curtis es un artista americano que hace películas, ¿es o no, Pupi? —explica Mayito contento de ser útil.

—Di tú, Pupi —lo emplaza el Lingo.

—Sí, Lingo, es verdá.

—¿Y este pendejo se parece al Toni Curtis ese? —pregunta el negro a los dos hombres.

—Sí, un poco. Afeitao y pelao sería igualito —responde Mayito.

*...afeitao y pelao sería igualito...*

—Si la cosa es así, éste está listo —dice el negro, después, Pupi se escucha a sí mismo.

Toni Curtis traga en seco. El vaho caliente ya no es una premonición. Siente que nunca volverá a ver a su madre ni al Mexicano ni a nadie. Quizás había

sido saberse en el límite lo que lo ha ido preparando para la escena final. Una escena en la que Toni Curtis va al encuentro con la Pelona. Su película se había vuelto triste. Toni Curtis. El nombre adquiría desconocidas y misteriosas connotaciones. Desde que le habían dicho que se parecía a un actor famoso, él, Ramón Hernández, vivía su propia película. Una buena que se cortaba delante de estos tipos implacables que llevaban semanas persiguiéndolo. Al que le dicen el Lingo no cesa de hurgarle el pelo con el fusil.

—Éste debe ser un niño bitongo —dice el negro inspeccionándolo de cerca.

... *un niño bitongo...* A Pupi las manos dejan de sudarle.

—Un yaqui negro —dice Mayito sin quitar la vista del M-3.

—¿Un yaqui negro? —pregunta el negro.

...*un yaqui negro:* Pupi y Toni Curtis.

—¿Qué cosa es un yaqui negro? —vuelve a preguntar el negro y se suena las muelas con la lengua.

Saber, a esta hora, qué es un yaqui negro tiene su cosa. Toni Curtis también desea saberlo .

MAYITO, (*engallado y mirando el M-3*):

Los yaquis negros eran una pandilla que había en mi pueblo. Se ponían unos abrigos de nailon prietos y andaban en motos gritando consignas y ofensas. Una noche daban una película americana y los niños se metieron en el cine. A nojotros nos avisaron y nos llevaron en un camión. Cuando llegamos, la película había empezado. Hubo una escena en que salían los marines marchando parejitos. Los yaquis se alborotaron y empezaron a dar vivas. Esa fue la señal. Les fuimos pa'riba. Aquello fue pa nunca acabar. Qué tranca. Recuerdo a un compañero que había ido con un yerro envuelto en una tela pa no dejarles marcas y porque los niños estaban bien jamaos. A partir de ese día se perdieron los yaquis negros.

—Bien hecho —dice el negro.

—Pero éste no es un yaqui negro —dice el Lingo.

...*se perdieron los yaquis negros...*

En parte el Lingo tiene razón, él no es un yaqui negro, ni andaba en moto. Su madre le había comprado una para cuando se reunieran. Una Harley en la que ninguna mujer se negaría a apretarse contra su cuerpo. La Harley en la foto frente a la casa. Novias pegadas a la espalda: pelo suelto y carretera. Él no era un bitongo ni un yaqui negro. Era un comemierda por haber seguido al Mexicano y a su padrastro. Ahora su vida pendía de un hilo . Tal vez sus captores lo entreguen para que lo juzguen y, de acuerdo con lo que salga en el juicio... Negaría los cargos. Él no era un asesino, aunque ellos dijeran que estaba en el bando equivocado. Intentaría al menos aceptar su destino. ¿Y si mañana ya no viviera? Era una idea con la que debía conciliarse. Volvió a pensar en su madre, en sus amigas... Era absurdo, cómo había cosas de las que no se despediría. El arma del Lingo lo trajo de vuelta. El sol se hundía en el Poniente.

—Mejor nos acomodamos pa pasar la noche —dice el negro.

Los hombres se echan cerca del prisionero ...*pa pasar la noche* ... Luego, el negro registra entre las pertenencias de Toni Curtis. Toma el *Nuevo Testamento*.

Husmea. Sociedad Bíblica Americana. Reina-Valera 1949. Con que esta mierda es lo que lee el enemigo. Los hombres miran al negro. Hace una mueca de disgusto, había aprendido, tras un sonido de ruedas dentadas y cadenas rotas, que la religión era peor que la marihuana. Enajenaba al hombre, lo volvía conformista, reaccionario. Cada gesto del negro con el libro opaca más la suerte de Toni Curtis. Mañana, como si nada, volverían el día, el sol sobre los firmes, el vuelo de las auras. ¿Y Dios se acordaría de él? Tuvo miedo de un pensamiento tan sombrío. Quitó la vista del negro. El Lingo lo miraba abriendo y cerrando las rodillas. Un dolor insoportable corría de la espalda. Las muñecas le ardían.

El negro sigue hojeando el libro. Al rato nadie le hace caso. Mayito ensaya cómo pedir el M-3. Pupi, sin nada que repetir, se limpia el sudor en sus rodillas y piensa que va siendo hora de volver a casa. El Lingo mira a Toni Curtis y el prisionero hundido en su martirio tiene los ojos fijos en la noche que se encima.

—Mira, Roque, yo estaba pensando... —dice Mayito poniéndose de pie—, vaya... si la metralleta está rota y fui el que cogió a este tipo... vaya, yo creo que se pudiera hacer un cambio..., ¿entiendes?

—¿Quieres que te diga una cosa? —el negro sin apartar la vista—, yo también quiero el M-3.

—Y yo también —protesta el Lingo—. Nadie es bobo, hasta a Pupi le gustaría tener un M-3.

*...hasta a Pupi le gustaría tener un M-3...*

Roque lo sospechaba: no conocía a nadie que no le gustara tener un M-3. Ríe. Enciende la linterna sobre las páginas del libro.

—Oigan lo que dice aquí. Y lee mal, lento: «... tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, uno para cada soldado. Tomaron también su túnica, blablablá... Entonces dijeron, no la partamos sino echemos suerte sobre ella...»

*...echemos suerte sobre ella...*

Estos evangelios según fulano y mengano pueden ser útiles. Los hombres ríen. El negro distribuye las pertenencias menos el M-3. La repartición es justa. Ordena que le cambien a Toni Curtis las manos hacia adelante y lo recuesten contra una piedra. Las cosas pasan de mano en mano. Así había sucedido con Jesús. La comparación, lejos de aliviarlo, lo ensombrece aún más. El de Jesús era un papel grande. El Lingo guarda el Sony en la mochila sin dejar de mirarlo. Su vida no era precisamente la de un santo. Tendría que vivir el doble para al final cargar con grandes motivos que expiar y estar de regreso y en paz. Los cuatro hombres procedían como los soldados al pie de la cruz, alegres y sin temor a la ley de Dios. Tuvo ganas de llorar. El llanto podría complicar las cosas. Se durmió soñando que lloraba.

Cuando Toni Curtis despertó, Pupi y el negro habían quedado fuera. A Pupi no le interesaba, aunque aceptó que deseaba un fusil semejante. Repetir actos era como repetir palabras. Jugó sin resistencia. Salió a la segunda ronda después del negro. Roque tenía puestos los ojos en las cartas y las manos, el Lingo era tramposo. El juego no avanzaba a la luz de las linternas. Mayito y el Lingo empataban, volvían a empatar. El Mexicano le tomó cariño. El M-3 era

un regalo por haber puesto un petardo en un almacén. El día que habían matado a Cheo Ramírez, antes de recordarle que ocupaba una finca que no era suya y que ahora sí iba a tener tierra hasta taparle el cielo, el jefe lo dejó encaramarse de segundo encima de su sobrina. Toni Curtis sintió el semen tibio del Mexicano en las entrañas de la mujer. Los otros esperaban. El jefe tenía sus gestos. Respetable el jefe. Disfrutó el privilegio y sacudiéndose, metió las narices en el *Nuevo Testamento*. El Mexicano cantó tres corridos. Aquella noche se había comportado como los soldados al pie de la cruz. Los papeles a veces cambiaban. Cada uno sombra en un lente mientras no llegara el final.

Roque sigue atento al desenlace. Un nuevo intento por componer la metralleta y ésta se desarma en dos partes. Qué negro más bruto, carajo, piensan Mayito y el Lingo. *Qué negro más bruto, carajo*, murmura Pupi. Se reparten las últimas cartas. Roque y Mayito están convencidos de que el Lingo gana. Pupi hojea el *Nuevo Testamento*. Él tampoco creía. Llevaba un año entre campamentos y marchas infinitas. Cuando recorría la ciudad llevando pasajeros, leía los carteles que decían que el país estaba en guerra. Carteles misteriosos, incitadores, uno, dos y tres qué paso más chévere, graves carteles. Nunca pensó que podía tocarle a él. Un día reclutaron a los miembros del sindicato de chóferes de alquiler. *¡Vamos a pulverizarlos y vamos a tirarles con todos los morteros y todos los cañones!* Desde ese instante fue el eco vuelto miles de ecos. Esto era la guerra: ver cómo dos tipos se jugaban un fusil y vigilar a un siquitrillao que le decían Toni Curtis. Pasa las páginas. El negro se suena los dientes, se arranca un esputo, escupe. Pupi se suena los dientes. *Si un reino está dividido contra si mismo, tal reino no puede permanecer...* No entiende. A lo mejor el negro tenía razón, no debía ser nada bueno cuando estaba en la mochila de Toni Curtis. El libro parecía tener que ver con la *Biblia*. No se fiaba de los negros, pero con la batida que le estaban dando a los religiosos, algo habría. El Lingo puso las cartas sobre la piedra.

—Te jodiste, el yerro es mío.

*...te jodiste, el yerro es mio...*

—Y ahora qué hago, Roque, tú me acabaste de desgraciar —se queja Mayito.

—Vamos a hacer una cosa —pensativo, uhm, malo, el negro.

*... una cosa... una cosa...*

—Que el Lingo te dé su fusil y entregamos la metralleta.

—Claro, Roque, tú sí eres inteligente, me acojo a esa orden —dice el Lingo pasándole el Springfield a Mayito.

*...tú si eres inteligente...*

Mayito coge el fusil. Al menos si mañana hay jaleo no pasará lo mismo. Nadie, ni el capitán se explica cómo el Lingo no ha llegado más lejos. De los cuatro pudiera ser el jefe, sin embargo, respeta al negro.

Toni Curtis ha seguido la maniobra de cambio de dueño del M-3. El Lingo sostiene la linterna encendida. Evita el haz de luz. El pelo cae a un lado y a otro. El Lingo lo toma de la barbilla, le aprieta la boca le mueve la cabeza hacia ambos lados. Lo coge por el cuello.

—Este maricón tiene el pescuezo caliente —ríe, apaga la linterna.

*...caliente...*

Buen juego. Limpio. El negro guarda las cartas. Abren latas de carne y comparten el pan. Extraño, Toni Curtis no tiene hambre. ¿Final? ¿Esperanza? No piensa. Siente que algo secreto y remoto lo invade hasta devorarle cualquier expectativa. Por los ruidos y las frases a boca llena calcula que el rancho no es bueno y el hambre que los tortura. No tiene hambre pero sabe de ella. Un hambre que viene del monte y los sentidos aguzados. El Lingo dice que lo que comen es basura. Adonde primero irá cuando regrese es a un restaurante caro. Mayito mastica despacio, el springfield sobre las piernas. El Lingo vuelve a quejarse. El negro le da la razón, pero la guerra es la guerra. ...*la guerra es la guerra...* El negro siente en sus espaldas la mano del capitán. Buena faena, muchachos. Un cabrón menos, capitán... El resto de la comida transcurre en silencio. Al final, beben, escupen, la comida en las muelas ahuecadas... El negro reparte los turnos de guardia. El Lingo se pone de pie. El chorro de orine en las piedras. Pupi mira la luna en el charquito.

—Dime —pregunta el Lingo a Toni Curtis—, ¿tú estuviste cuando mataron a Cheo Ramírez?

...*mataron a Cheo Ramírez...*

—Dime, ¿verdá que se templaron a la sobrina del viejo? Tú sabes, si estuviste ahí, del muro no te salva nadie.

—Yo no estuve ahí —dice Toni Curtis. Su único plan es negar lo que le preguntan.

—¿Y dónde coño estuviste? —interviene el negro— ¿en la quema de la guagua?

El semen del Mexicano; los cuerpos incendiados de los obreros...

—Yo no quemé ninguna guagua.

—Vamos a ver si eres tan bravo en los interrogatorios —amenaza el negro dando por terminadas las preguntas.

...*tan bravo en los interrogatorios...*

A pesar de la oscuridad y el silencio flota una tensión, en la que el Lingo y el prisionero son los extremos.

—Dime, ¿cómo tiemplan ustedes? —insiste con el mismo tono.

El negro ordena que no haga más preguntas.

—Na, Roque, que el tipito éste no me cae ni regular, ¿no ves la cara de puta que tiene?

A lo lejos se escuchan ladridos de jíbaros. Al poco rato comienza la charla en voz baja.

Hablan de sus vidas, del regreso, del jefe. Al final, terminan hablando del único desvelo que no los abandona: las mujeres. Del tema todos tienen qué decir o contar. Pupi pasa la palma sudada por la culata de su carabina. Toni Curtis infiere que, hombre por hombre, los bandos son un equívoco. La noche avanza. El tema no se agota. El negro le pide al Lingo, famoso por sus cuentos de lances singulares, que cuente algo «bien descojonante». Lingo se hace rogar.

El Lingo se aclara la voz.

—Un día estaba en una parada, había acabao de llover y el agua corría por las cunetas. La guagua demoraba. En eso llegó una tipa que era una tranca.

¿Que la describa? Tenía la cinturita estrecha, buenas tetas, tremendas caderas, un culo grandísimo. Pero lo que más me gustó fueron sus piernas y la cara que tenía. Pa colmo caminaba como si estuviera pidiendo pinga a gritos...

*...pinga a gritos...*

El cuento promete. Mayito olvida el M-3. El negro admira al Lingo, tramposo y lo que sea, no quisiera a otro en su escuadra.

«Pues la tipa vino y se me paró al lao, miró pa toas partes. Se le veía muy al tanto de los hombres que estaban en la parada. Dispué se fijó en mí. Me caló de arriba abajo. Qué cara de leona, compay. Yo quería decirle algo, pero no me salía na. Me quedé parao como una estaca. La muy cabrona parecía saberlo y gozar. Entonces se le ocurrió la cosa más empingá que he visto en mi vida...».

Verdad. Mentira. El cuento pega.

*...cosa más empingá que he visto...*

«Cogió, se paró en el borde del contén, se quitó el tacón, metió la pata en la corriente de agua y empezó a moverla como si se la estuviera limpiando. El agua estaba sucia, pero el descaro me puso fuera de órbita, me llegó a los mismísimos cojones. Al momento tenía la pinga como una cabilla, pero tampoco me salía na».

—Y ¿cómo eran los pies de la tipa?, ¿era blanca? —interrumpe el negro. Es el único de los presentes, incluyendo al prisionero, al que le interesa el color de los demás.

*...la tipa era blanca...*

—Un poquito más clara que yo, tenía el pelo igual que este maricón y —toma aire—, se pintaba las uñas de rojo como a mí me gusta.

—Dale, y qué más, yo pensaba que era rubia.

—No sé qué tiempo estuvo lavándose el pie en la cuneta. Luego me volvió a mirar de arriba abajo y se fue de la parada. Yo no sabía qué hacer, si caerle atrás o quedarme esperando la guagua... Corta el Lingo, maestro de las pausas. Y se acaricia con el fusil el miembro endurecido. El resto de los penes sufre la misma erección. Toni Curtis escucha. Los suyos contaban cosas así, pero ninguna como ésta. Los bandos son un equívoco, intuye. Sudan las palmas de Pupi: *...si caerle atrás o quedarme esperando la guagua...* «Por fin me quedé parao donde estaba. Cuando llegó a la esquina se viró y se me quedó mirando. Fue la señal. La tipa caminaba y a cada rato miraba pa'mí. Yo la iba siguiendo despacio. De pronto se quedó pará como esperándome y a boca'e'jarro me preguntó qué quería. Cuando eso yo tenía un cuarto en Bella Vista y la invité. Ahora era ella quien iba atrás de mí».

Nueva pausa. Los rostros implorantes. El Lingo lo sabe, Toni Curtis bebe de sus palabras.

*...ella quien iba atrás de mí...*

—No, Roque, no tomamos na. Llegamos y la encueradera duró un segundo y en menos de lo que canta un gallo la tenía metía en la boca hasta la garganta. Mamaba como una fiera. Me la llenaba de saliva y me hacía una señora paja con la mano y la boca. La cogí por los pelos, el pelo como el del mariconcito éste, y no le solté la cabeza hasta que no vino el chorro...

—¿Y se lo tragó, Lingo?  
—Cómo no se lo iba a tragar, negro, se le salieron las lágrimas, pero se lo tragó.

—Me imagino, Lingo —dice el negro y cada uno hace suya la mamada brutal.  
—Qué va, eso no hay quién se lo imagine.  
—Y ya, ¿tanto lío pa una mamá? —reta Mayito pinga y fusil.  
—Qué va, papito, lo bueno viene ahora. Yo soy de los que echo un palo y la pinga no baja. Pues así mismo me la clavé hasta los güevos y empezamos a dar vueltas por la cama. El cuarto parecía que iba a reventar. En eso se rompió la cama, pero nojotros seguíamos trabaos. Ella gritando y yo dándole pinga.

—¿Y no te la templaste por el culo, singao? —pregunta el negro.  
...*por el culo, singao...*

LINGO, (*sin quitar la vista del prisionero*):

¿Que si no qué?, ay, chico, no tuve que pedírselo. Ella misma se puso en cuatro patas y me dijo que si no la enganchaba por atrás era como si na pa ella. Es como decirle a un americano si quiere chicle. Al principio no resbalaba bien, pero llegó un momento en que no sabía en cuál de los dos huracos la tenía metía. Cuando empezó a arañarme y nos vinimos supe que la tenía delante. Qué clase de venía, negro.

—Y ya, ¿no pasó más na?  
—Todavía no viene lo mejor. A mitad del tercer palo, la tipa se paró en la cama y me dijo que quería mearme. Pensé que estaba tostá y a mí me daba lo mismo ocho que ochenta. Entonces soltó un chorro que me cayó en la cara, el pecho, la barriga. Dos veces me lo hizo de arriba abajo y en la última se clavó ella solita y empezó a darse pinga con una furia hasta que se me tiró arriba dando gritos...

La anécdota hace estragos. Los hombres respiran fuerte. El pecho de Toni Curtis palpita agitado. Nadie habla. El Lingo no termina de contar que jamás volvieron a verse, que no le preguntó el nombre. No puede, la abstinencia, larga, absurda, hace volar las mentes.

—Es mucho tiempo en estas lomas, compañeros —logra articular el negro. ...  
—Y nojotros no obligamos a las mujeres y pa luego arrancárselas —dice el Lingo.

...*pa luego arrancárselas...*  
—Claro, Lingo, no podemos... —dice Mayito.  
—¿Estaba buena la sobrina de Cheo Ramírez? —vuelve a preguntarle el Lingo a Toni Curtis. Apenas disimula que la excitación lo ha puesto malhumorado.

—Lo malo de esos cuentos es que a uno le quedan ganas de hacerse una paja —resopla el negro.  
...*ganas de hacerse una paja...*

—Cuántas pajas te ha'jecho acá arriba, maricón —le pregunta el Lingo a Toni Curtis.

—Dicen los nuevos que están recogiendo a las putas —informa Mayito, sabe que la cosa no es del agrado de Roque y del Lingo. La religión y la marihuana son malas, ...las putas...



—Pa qué tú quieres una puta tan lejos si aquí tiene'juna —le dice el Lingo a Mayito.

*...si aquí tiene'juna ...*

—Porque no me digan que no tiene cara de jeba —insiste el Lingo, provocador.

—Claro, Lingo, si no no le dijeran Toni Curtis —le sigue Mayito, burlón.

*...le dijeran Toni Curtis...*

—Estoy seguro, el Mexicano se lo templaba, ¿verdá, tú, puta? —pregunta el Lingo sobándose el pene y los testículos.

*...se lo templaba, ¿verdá, tú,puta?...las palmas mojadas.*

— El Mexicano tenía que quitarse la picazón con alguien, ¿dime? —le dice. Los otros siguen en vilo las preguntas del Lingo.

Toni Curtis calla. Buen cuento, reconoce. ¿No lo habría leído en alguna parte? No, ese hombre no lee, descuenta. Piensa otra vez en su estado, en lo que podrá ser de él en las próximas horas. Y, raro, está tranquilo como si su vía crucis apaciguara el posible final de su película.

—Artista, putica, el negro y estos dos quieren saber si el Mexicano te cogía el culo. Dilo...

*...a ellos porque yo sí lo sé...*

Toni Curtis juega con las imágenes de la muchacha debajo del Mexicano. Los otros excitados con los ruegos del viejo antes de romperlo de un fogonazo. El semen del jefe. Los sollozos de la muchacha. Un corrido. La voz aceptable del Mexicano. El rey. Cielito lindo. Como habían cosas de las que no se despediría. Y esta otra voz que lo enerva, asoma al filo de algo que teme, atrae.

—Negro, ¿qué tú crees de esta yegua?

—¿Que yo creo de qué? —devuelve Roque. En su cabeza la mujer metiendo los pies en la corriente de agua sucia.

El Lingo es más ágil de mente que el negro y siempre logra acorralarlo o empujarlo a decisiones que le favorecen y lo convierten en cómplice. Es cuando los otros deben ponerse a buen recaudo o... convertirse en cómplices.

—Na, negro, prende la linterna pa'que veas qué carita de susto.

—El cuento me dejó mal, Lingo —afloja el negro.

*...me dejó mal...*

—Por eso te pregunté lo del maricón.

El negro hace un esfuerzo. Huele a donde el Lingo quiere llegar o tal vez ha escuchado entre líneas, para lo que no es bueno. La mujer. El pie en la corriente. No sabía que hubiera cosas tan sutiles.

—Qué tú quieres, Lingo, suelta.

—¿Quién aquí se ha singao a un maricón?

Pupi repite la pregunta. No es un pie jugando en el agua. A él lo avasalla la criatura dominadora que mea sobre el hombre vencido. Tantas putas que ha llevado y traído en sus viajes. Mayito está alerta. El negro y el Lingo: mala espina. Toni Curtis mide sereno las palabras del Lingo. Palabras inquietantes, las justas para contar historias de putas, ajenas como su madre y la motocicleta, lejanas, ajenas, lejanas.

Silencio.

—¿Nadie? Yo tampoco, pero no es lo mismo apuntar que banquear.

Las frases y el silencio que las preceden son una nube espesa que ciñen al prisionero. Hacia él van las preguntas, el vacío de las respuestas. Algo invisible se agita a punto de estallar.

El Lingo camina entre Toni Curtis y los suyos. Regresa.

—Negro, este maricón tiene el pescuezo caliente.

El prisionero se cubre el rostro. El Lingo lo coge con fuerza por la nuca. Las manos chocan con la portañuela abultada. Luchan brevemente. Al final logra bajárselas trabando el pie en el amarre. El rostro contra el bulto. Los otros siguen la escena *...este maricón tiene el pescuezo caliente...* El negro rastrilla su metralleta, no es una advertencia, es el maldito pie en la corriente.

—Te gustó, ¿eh? —dice el Lingo con la respiración entrecortada. Y es el momento en que los demás —aun el negro— reconocen que el Lingo es el líder.

—Esto me lo haces porque estoy amarrao, sing... —responde Toni Curtis y el Lingo lo empuja contra las rocas.

*...porque estoy amarrao...*

—El singao eres tú, maricón, y me la vas a tener que mamar.

*...me la vas a tener que mamar...* repite Pupi. El Lingo lanza mandobles con su pene al aire.

En vano Toni Curtis trata de pararse. El Lingo vuelve a trabarle las manos con la bota. Siente en su rostro lampiño el pene tenso del Lingo. Los otros se paran. Toni Curtis se las arregla para esquivar el grueso glande. En boca cerrada no entran pingas... Pero las armas no se llevan encima por gusto. El negro le pone la metralleta en la sien.

—Que se la mames, cojones, o te dejo tieso.

*...te dejo tieso...*

Toni Curtis cierra los ojos. El negro apura con el yerro en su oreja. El pene del Lingo en sus labios. El negro empuja. El Lingo empuja. Toni Curtis abre despacio la boca. El Lingo comienza a moverse. Toni Curtis se eriza de pies a cabeza, el orine corre entre sus piernas. Pupi no puede creer lo que ve: este Lingo está fundío. Se seca las palmas. Su pene está tan erecto como el que entra y sale de la boca de Toni Curtis. Todos esperan que el prisionero vomite. Toni Curtis no vomita.

—¿Mama rico, Lingo? —pregunta el negro —¿No te la muerde?

Y el Lingo, ¿se meará en la boca de Toni Curtis?, se rasca Pupi.

—A ver, pásame la lengüita por la cabeza pa que Roque vea.

Toni Curtis cierra los ojos. El tiempo se ha detenido. Nada existe, ni él ni sus captores ni su madre ni esta pinga en la boca ni los evangelios ni el animal que ha dejado de ser infalible. Nada existe, sólo un gran sentimiento de despedida que lo embarga y corroe. Da un fuerte tirón y logra sacársela de la boca. Un hilo de baba pende de sus labios al glande del Lingo. Otro golpe de cintura y Toni Curtis se da cuenta de que lo hace con cuidado para no morderlo: es tan frío el cañón de un fusil.

—Dame un chance, Lingo —dice el negro soltando la metralleta y zafándose la portañuela.

—¿Así se la mamó a ustedes la sobrina de Cheo Ramírez? —dice el Lingo cogiéndolo otra vez por la nuca. —¿Así se la mamabas al Mexicano?

—Cojones, que me des un chance —casi implora el negro y el Lingo se retira pegando el cañón del M-3 en la cabeza de Toni Curtis.

En la boca del prisionero desaparece la cuarta parte del largo falo. Pasan unos segundos, ordena a Mayito abrir una lata de leche condensada. El Lingo sigue en su puesto, pene y fusil en ristre. Mayito obedece, de acuerdo a lo que ve cualquier cosa puede suceder. Además, la mamada lo ha excitado. Entrega la lata al negro. El líquido empieza a chorrear por el falo lustroso. El Lingo empuja con el cañón. Toni Curtis abre la boca.

—Te la tenías guardá, negro —reconoce el Lingo.

Roque se aferra al cuello de Toni Curtis. Éste se saca de la boca el pene del negro con un movimiento instintivo. El negro emite un gruñido de placer, un delicioso ay, mami, y el chorro de semen cae sobre la cara y el pelo de Toni Curtis sobre el M-3 sobre el Lingo.

*...te la tenías guardá, negro...* suspira Pupi. En medio del descontrol le alalta la misma idea: es hora de volver.

El negro cae junto a Toni Curtis. ¿Y ahora?, se pregunta Mayito. El Lingo ordena que lo pongan en las piedras y le bajen los pantalones. La leche condensada, ¿resbala?

Toni Curtis forcejea. El negro le pone el cañón en la frente y antes de gritar que lo maten si quieren, pero eso nunca, el Lingo comienza a patearlo por las costillas y la barriga. Así le pasaba a los maricones como ellos. Era muy rico clavarse a las mujeres indefensas, grita a voz en cuello. El negro ordena a Mayito y a Pupi que lo aguanten. El prisionero queda inmovilizado con las manos hacia adelante. Pupi y Mayito sostienen las piernas. Entre el negro y el Lingo logran bajarle los pantalones y teparle la boca. El pataleo y las nalgas afuera le recuerdan a Pupi las inyecciones de su niñez. Mamá, papá, aguanten al niño. El Lingo pide que le abran más las piernas. El cañón de la metralleta en la frente. El Lingo separa la raja de las nalgas, la leche —condensada— chorrea hasta los testículos. Repite la operación sobre su miembro. Pupi admira lo bien dotados de sus compañeros. La visión atropellada de su niñez y las inyecciones, su pinga encabritada, la del Lingo untada de leche condensada, él y Mayito aguantando a un prisionero, le reafirman que anda metido en una locura de la que ni Dios sabe cómo saldrá. Dios le recuerda los evangelios. A lo mejor, aunque él no crea, debía de andar con un libro así. El Lingo pugna con el culo cerrero que le ofrecen. Pese a la cierta lucidez de sus pensamientos, Pupi sigue excitado. Al igual que los demás, lo único que desea es ver la pinga del Lingo perderse dentro del culo de Toni Curtis. Algunos prefieren quemarse, se da fuerza Mayito. Considera que a este muchacho le ha pasado lo peor que podía pasarle en esta guerra. El Lingo abandona la pugna y se mete más entre las piernas de Toni Curtis. Comienza a pasar su pinga de la cabeza a los güevos por la raja del prisionero. Los movimientos son rítmicos,

casi de bailador. El Lingo sabe moverse, admite Mayito. El cuento le ha costado más caro a Toni Curtis que todos los tribunales. El Lingo se mueve y en cada vaivén parece que el culo cederá. Pero no. El Lingo sabe demorarlo, irlo gozando a poquitos. Toni Curtis solloza por encima del pañuelo. De pronto, Pupi recuerda el tubo de crema que la ha tocado en la repartición. Luego, es el grito sordo y la admiración con que siguen la maniobra del Lingo. Toni Curtis no piensa ni que es un vencido ni que los bandos son un equívoco... La voz del negro en sus oídos. El Lingo se acerca a su cuello y susurra palabras groseras, cariñosas, el aliento fétido...

Apenas terminan los espasmos del Lingo y está el negro encima de Toni Curtis sujetándolo con fuerza por la cintura. El Lingo toma el M-3 y devuelve el ánimo a su compañero. El negro se menea brusco repitiendo la misma, misteriosa frase: «Maritza, qué rico, Maritza», hasta venirse espalda de Toni Curtis abajo.

—¿A quién le toca ahora? ¿Cuál de ustedes dos quiere mojarse? —dice el Lingo a Mayito y a Pupi.

Los dos hombres no responden. El negro se abotona la portañuela. Su cabeza está más clara.

—Lingo, ha sido ese cuento.

—Estos dos no quieren mojarse.

Mayito advierte más la amenaza que una invitación. Si rechaza el ofrecimiento se la pueden arrancar, las cosas han dado una vuelta insospechada. Si acepta, puede ser aceptado de una vez. Eso no está mal...

Pupi se moja los labios. Mayito monta escrupuloso a Toni Curtis. El Lingo y el negro ríen *...no quieren mojarse...* Al final Mayito se entusiasma. Un poco. Golpea flojo la espalda de Toni Curtis.

—Son tus cuentos y la guerra, Lingo —dice incorporándose.

*...tus cuentos y la guerra...*

Los tres miran a Pupi. Nadie repara en que Toni Curtis ha perdido el conocimiento. Pupi se baja los pantalones. Su miembro tan airado minutos antes cuelga discreto. Se disculpa. El Lingo le dice que se quite la ropa, a lo mejor encuerándose va y sí. Qué más quisiera él, pero no puede. Los otros insisten. Que se encue...

Toni Curtis vuelve en sí. Sobre sus espaldas está el cuarto hombre. Pupi entorna los ojos. El reino y la casa divididos. Fuga. La madre de Toni Curtis diciéndole adiós. Pelo suelto y carretera. Pupi entrando en su automóvil por la avenida y los carteles fatídicos de los hombres en guerra... Está arriba de una de las putas pobres y flacas de sus viajes nocturnos. Le cuadra. Eso, una-puta-joven-una-puta-joven... ñanga, ñanga, ñanga... pinga y cepillo.

Nadie habla. Toni Curtis se arrastra entre el suelo y el dienteperro. Le han vuelto a poner las manos hacia atrás para que no se quite el pañuelo de la boca. Nadie desea escucharlo. Al rato, el Lingo ronca a pierna suelta. Eso tranquiliza. ¿Cómo alguien puede dormir después de lo que acaba de suceder? Piensan

Pupi y Mayito y se abandonan relajados al fresco, los ruidos nocturnos. El negro no piensa nada, se ha templado a una escoria y punto. Son la guerra y aquella maricona lavándose las patas en el charco. Toni Curtis solloza. Lo último que piensa es que viene en un camión entrando a la capital, la multitud vitorea, las mujeres tiran flores a los guerreros sobre el escudo, luego Roque, el negro, también ronca. Poco a poco enmudecen los sollozos de Toni Curtis. Sólo se escuchan los ronquidos del Lingo y la respiración pesada del negro. Mayito se acerca al prisionero. Increíble: Toni Curtis duerme. Entonces, se tiende boca arriba. Sólo Pupi siente una agitación desconocida para él antes de esta noche. Tiene la impresión de que demorará semanas antes de conciliar el sueño y estar en paz. Recuerda el *Nuevo Testamento*. El reino dividido. Pasa la luz de la linterna. Busca la escena en la que los soldados se reparten y echan a suerte las pertenencias de Jesús. Hojea sin preguntarse si lo embarga o no la necesidad de una clave que... Jesús llora ante la tumba de... hay un nombre borroso que no puede leer.. La tristeza se convertirá en gozo. El niño Jesús en el Templo... ¿Pa'qué Toni Curtis andaba con el libro en la mochila? Los ojos le arden por el esfuerzo. ¿Cuándo estará de vuelta? ¿Cuándo podrá descansar? Así hasta que el negro lo despierta y ve al Lingo que camina alrededor de Toni Curtis y a Mayito estirándose de pie.

—Compañeros, tenemos que decidir qué hacemos con este tipo —dice el negro metralleta en el hombro.

—Sí, negro, hay que decidirlo *ya* —aprueba el Lingo. Luego se vira para el prisionero: —esto no se decide jugando cartas.

Antes de seguir, Roque autoriza a Pupi a guardarse el *Nuevo Testamento*.

Sombras largas que se mueven junto a la marcha. Subir lomas hermana hombres.